

MAFALDA
BELLIDO
CHUCHO

teatro**auto**expres

teatro**auto**expres

MAFALDA BELLIDO
CHUCHO

Sin la autorización por escrito de la editorial, no se permite la reproducción total o parcial de esta obra ni tampoco su tratamiento o transmisión por ningún medio o sistema.

De igual manera, todos los derechos que de ella dimanen, cualquiera que sea la naturaleza de estos, así como las traducciones que puedan hacerse, incluyéndose igualmente las representaciones profesionales y de aficionados, las películas de corto y largo metraje, recitación, lectura pública y retransmisión por radio o televisión, quedan estrictamente reservados. Se pone un especial énfasis en el tema de las lecturas públicas, cuyo permiso deberá asegurarse por escrito.

Las solicitudes para la representación de esta obra, de cualquier clase y en cualquier lugar del mundo, habrán de dirigirse a Sociedad General de Autores y Editores, SGAE, en la calle de Fernando VI número 4, 28004 Madrid, España.

CHUCHO

Primera edición, 2019

© De *Chucho*: Mafalda Bellido Monterde

© Del Prólogo: Lola López

© Para esta edición: Fundación SGAE, 2019

Coordinación editorial: Pilar López. Diseño de cubierta: El Taller de GC.

Maquetación: José Luis de Hijes. Corrección: Marisa Barreno.

Imprime: Estugraf Impresores, SL

Edita: Fundación SGAE

Bárbara de Braganza, 7, 28004 Madrid / publicaciones@fundacionsgae.org

www.fundacionsgae.org

EDICIÓN PROMOCIONAL. PROHIBIDA SU VENTA

DL: M-28740-2019

A Cloe y Danko por crearlo.
A Guille y Lidia por ponerlo en mi camino.
A Creadores por el impulso.
A Xavier Puchades por escarbar conmigo,
por buscar juntos otros muchos finales.
A Jordi Ballester, el Toni con el que siempre soñé.
A mi Pinter, porque sí.

Una voltereta para atrás o cabriolas de amor a un chucho

Conocí a Mafalda Bellido en octubre de 2005. Comenzaba mis primeras clases de Expresión Corporal en la Escuela Superior de Arte Dramático de Valencia y ella era una de las alumnas de primer curso. En la primera semana establecimos las reglas básicas del curso: indagar, conocer, probar las posibilidades del cuerpo sin dañarse, sin resoluciones ni objetivos; en definitiva, conocer y atreverse, lanzarse cada uno a su abismo corporal.

Pues bien, aquella aspirante a actriz, a dramaturga, a pedagoga, a teatrística que por motivos personales se incorporó a las clases una semana después, no conocía las reglas del juego. El primer día, a la propuesta de realizar una voltereta para atrás, dijo: “Lo siento, Lola, pero yo no voy a poder”. Ese día aprendió a no decir nunca más “no puedo hacerlo”; ese día salió de la clase después de dar su voltereta para atrás.

Chucho

Una historia de *Amor fou*. AMOR con mayúsculas y con todos los componentes del romanticismo: una desaparición, una pérdida para siempre, una muerte quizás, un culpable..., el deseo de un fuego que queme todos los vestigios de él..., un desconsuelo que no se puede calmar..., que no se quiere calmar. Y que exige un ‘culpable’ y un ‘sacrificio’.

Principio

ELLA está desesperada por la desaparición de ÉL. ÉL es un perro, CHUCHO. Detrás de un nombre tan vulgar, casi nombre común en vez de nombre propio, se oculta un amor, un amor descomunal, desmedido. Nunca nadie nos dice de quién nos vamos a enamorar sin medida, a quién vamos a amar perdidamente... y sin proporción..., en quién volcaremos toda nuestra capacidad de amar.

CHUCHO, en la hermosa lengua de los Oscos, la *fala*, significa BESO. Quizá todos esos besos..., quizá todas esas risas, todos los saltos, todas las cabriolas y las muestras de afecto que le regalaba CHUCHO cada vez que ELLA llegaba y la veía, desataron en ELLA ese amor... Quizá la ternura que todos necesitamos..., ELLA la encontró en CHUCHO.

Desarrollo

CHUCHO ha desaparecido. Estaba con la expareja de ELLA, que compartía la custodia del animal desde la separación de ambos. Y ELLA ahora necesita *curarse del dolor*.

A través del enfrentamiento de la pareja por la pérdida de CHUCHO se van desgranando uno a uno todos los puntos de *desencuentro*, de amor y desamor de la pareja, el cómo le hablaba cada uno a CHUCHO, el uso de lenguas diferentes para relacionarse con el animal, la confusión, etc. El rosario de penas de las relaciones. Y como telón de fondo, una de las *cuentas* más conflictivas del rosario: el deseo y no deseo de tener hijos de cada uno de ellos.

Una historia de crueldad por crueldad, de ojo por ojo, de dolor por dolor. El amor o el desamor exigiendo crueldad para reparar la desaparición, el daño, el dolor agónico por no volver a ver a CHUCHO, nunca, nunca, nunca, nunca, nunca.

Final

Haya o no haya salvación, la vida sigue; quizá por otros derroteros, de otra manera, pero sigue. Hay que ser valiente, hay que llegar

siempre al fondo de la herida para sanarla. Y eso es lo que ha sido CHUCHO para ellos: sanador.

La autora de esta comedia de amor o desamor, Mafalda Bellido Monterde, nos da la medida de cuánto amor y cuánta alegría puede haber contenida en esos seres adorables que nos cuidan, nos miman, nos besan, nos entienden y hasta sufren con nuestro sufrimiento en silencio, con sus ladridos, con sus lametazos, con sus miradas, saltos, cabriolas...: los chuchos.

Solo tienen que echar un vistazo al ritmo trepidante de sístole y diástole de las primeras páginas de esta obra para ver el vértigo y la valentía que se oculta en sus páginas. O mejor aún, verla representada por la propia autora. El teatro se hace para exhibir y ser compartido con el público. Un público que con esta obra ríe, llora y ama.

Un día, esta mujer, Mafalda Bellido Monterde, que ya era una creadora premiada en otras áreas, fotografía y narrativa, se lanzó a hacer una *cabriola*: quiso ser teatrista. Se atrevió a dar una voltereta para atrás, se lanzó con valentía a su pasión por la dramaturgia y desde entonces ha practicado todas las *acrobacias* del teatro: pedagoga teatral, actriz, directora, autora. Una autora que con *Chucho* ha logrado ser finalista de los Premios Max 2019 a la Mejor autoría revelación. Desde ese día lejano ya en que dio su primera voltereta para atrás, cayó en el vértigo de la creación. En la vida, muchas veces, para seguir adelante hay que dar una voltereta para atrás.

Lola LÓPEZ

Actriz, dramaturga y directora
Fundadora de la Compañía Hongaresa de Teatre

Chucho

Se estrenó en la Sala Ultramar de Valencia el 1 de noviembre de 2018

Reparto

TONI
BEA

Jordi Ballester
Mafalda Bellido

DIRECCIÓN

Xavier Puchades

Ficha técnica

DISEÑO DE ILUMINACIÓN

Toni Sancho

ESPACIO ESCÉNICO

Damián Gonçalves

ESPACIO SONORO

Quique Palomares y José Sepúlveda

VESTUARIO

María Almudéver

FOTOGRAFÍA

Jordi Pla

DISEÑO GRÁFICO Y VÍDEO

Sergio Serrano

CARTEL

Marta Pina

CONSTRUCCIÓN DE ESPACIO

Toni Sancho y Laura Valero

TÉCNICO DE ILUMINACIÓN

José R. Pérez (Jota)

PRENSA

Begoña Donat

Producción: La Zafirina

Bea espera en el jardín de la casa. Hasta donde alcanza su vista, campos y campos de olivos. Olivos centenarios. Olivos milenarios. Olivos que esperan, olivos que desesperan, como Bea, la llegada de Toni.

BEA.— Quémala.

Pausa.

Que la quemes.

TONI.— Bea,/

BEA.— ¿Estás sordo?

TONI.— ¿qué quieres que quemé?

BEA.— ¡He dicho que la quemes!

TONI.— ¿El qué?

BEA.— O la quemas tú o la quemó yo.

TONI.— Tranquilízate, Bea.

BEA.— No, tienes que quemarla tú.

TONI.— ¡Bea, por favor!

BEA.— Sí, tú.

Pausa.

No tiene que quedar nada. Nada.

TONI.— Bea, ¿qué dices?

BEA.— ¡Que la quemes!

TONI.— Escúchame un momento, por favor.

BEA.— ¿Que te escuche?

TONI.— No me di cuenta de lo que estaba pasando/

BEA.— ¿Me estás pidiendo que te escuche?

TONI.— Fue todo muy rápido/

BEA.— No quiero oírte.

TONI.— Pasó sin que me diera cuenta/

BEA.— ¡Cállate! ¿No me oyes? ¡Quiero que te calles! Que no hables, que enmudezcas, que te quedes sin lengua. Que no salga de tu garganta ni un soplo de aire que choque con tus cuerdas vocales. Quiero que tu voz desaparezca. Que nadie la recuerde. Que nadie la escuche. Que no me llames por mi nombre, como si mi nombre nunca hubiera estado en tu boca. ¿Lo entiendes?

TONI.— Bea,/

BEA.— No, no lo entiendes.

TONI.— Bea,/

BEA.— ¡Quiero borrarte! Eliminate, tacharte, quiero que te desdibujes, que desaparezcas, que te pulverices, que te evapores como una gota de agua, que te condenses, que te sublimes y que finalmente te precipites. Eso es lo que quiero. ¿Tienes un paracetamol?

TONI.— Bea, por favor/

BEA.— Sí, eso es, ¡que te pre-ci-pi-tes! ¡Y no me llames Bea!

TONI.— ¿Tú no eras más de ibuprofeno?

BEA.— Quiero que te precipites en el océano y que te hundas en la fosa más profunda.

TONI.— Intenta respirar, por favor te lo/

BEA.— Que los vientos alisios te lleven a las Marianas y que mientras te precipitas en sus aguas ¡te ahogues!

TONI.— Así, como yo/

BEA.— Sí, quiero que te ahogues en las aguas del Pacífico... Ve a por un paracetamol, por favor te lo pido.

TONI.— Bea, respira/

BEA.— En esas aguas turquesas, en esas aguas transparentes, en esas aguas de mierda a las que nunca hemos ido. En esas vacaciones juntos que nunca hemos tenido. Y que los atunes te zarandeen y te den vueltas, y que los calamares gigantes se mofen de ti y que enrosquen sus tentáculos en tus miembros y que te arranquen los miembros.

TONI.— Respira, Bea, respira/

BEA.— Y que te arranquen el miembro.

TONI.— Respira hondo, muy hondo, Bea/

BEA.— ¡Para ti ya no soy Bea! Desde ahora, desde hace tres días, desde la última vez que gritaste su nombre/

TONI.— Respira, respira/

BEA.— Soy Beatriz, ¿lo entiendes? Be-a-triz.

TONI.— Respira, respira/

BEA.— ¡No quiero respirar!

TONI.— Beatriz, respira hondo.

BEA.— ¡Que no quiero respirar!

TONI.— Así, como yo: uno, inspira; dos, retén; tres, espira...

Pausa.

BEA.— ¿Qué haces?

TONI.— Respiro.

BEA.— ¿Y para qué respiras así?

TONI.— Pues, pues... para que te tranquilices.

BEA.— ¿Para que me tranquilice yo?

TONI.— Sí, tú.

BEA.— Lo que me faltaba por oír. ¡Tendrás poca vergüenza!

TONI.— ¿Poca vergüenza, yo?

BEA.— Sí, ¡tú! Tú eres el que tendría que estar desquiciado, tú eres el que tendría que estar llorando, tú eres el que tendría que desgarrarse por dentro; tú, y no yo. Necesito tomarme uno ya, ve a buscarlo, están en el cajón de la cocina.

TONI.— Bea, lo siento mucho, pero...

BEA.— ¡Cállate!

TONI.— ... pero no hay paracetamol.

Pausa.

BEA.— Tú eres el responsable de mi dolor de cabeza, tú eres el responsable de todo mi dolor.

TONI.— ¿Qué quieres que diga entonces?

BEA.— ¡No quiero que digas nada! Siempre ha habido un blíster de paracetamol en el primer cajón de la cocina.

TONI.— Pues ahora no hay... Bea...

BEA.— ¿Qué?

TONI.— Que ya no hay un blíster de paracetamol en el primer cajón de la cocina..., Bea.

BEA.— ¡Que no me llames Bea!

TONI.— Perdona.

BEA.— ¡Que no me pidas perdón! ¿Con qué derecho me pides perdón? No tienes derecho a pedirme perdón. ¿Que ya no hay un blíster de paracetamol en el primer cajón de la cocina?

TONI.— No.

Pausa.

Siento decir cosas que no quieres oír.

BEA.— Es un poco tarde para eso. De hecho, es muy tarde. Hace años, siglos, milenios, eras, eones que dices cosas que no quiero oír.

TONI.— Deja que te lo explique todo. Escúchame.

BEA.— ¿Explicarme qué? No quiero oírte. He venido aquí para que la quemes. Solo tienes que hacer dos cosas, quemarla y darme un paracetamol.

TONI.— Lo siento, pero no voy a quemarla.

BEA.— ¡No digas todo el rato que lo sientes! No me pidas perdón. No tienes opción, tienes que quemarla.

TONI.— No lo voy a hacer.

BEA.— Me lo debes.

TONI.— ¿Te lo debo?

BEA.— Me lo debes.

TONI.— Te arrepentirás.

BEA.— ¿Me arrepentiré?

TONI.— Te arrepentirás.

BEA.— Y tú, ¿estás arrepentido?

Pausa.

No me lo digas.

TONI.— Sí, estoy arrepentido.

BEA.— ¡No me lo digas!

TONI.— Del todo.

BEA.— ¡Que no me lo digas! ¿Lo estás?

TONI.— Completamente.

BEA.— ¡Mentira!

TONI.— Déjame que te explique.

BEA.— Ya sé todo lo que tengo que saber.

Pausa.

TONI.— No, no lo sabes todo.

BEA.— Por eso, por eso mismo tienes que quemarla tú. Porque no lo sé todo. Porque hace tres días que he muerto, porque no quiero que haya nada en este mundo que me recuerde que tú y yo hemos existido juntos. No quiero que quede nada que me lo recuerde. ¿Lo entiendes?

TONI.— Lo entiendo.

BEA.— Perfecto.

TONI.— Perfecto.

BEA.— ¿Perfecto?

TONI.— Sí, perfecto.

Silencio.

BEA.— Perfecto, ahora entra en casa, ve al dormitorio, abre el primer cajón de tu mesita de noche, el primero, no el segundo, tampoco el de los calcetines, el primero. Y ahí, debajo de todos tus calzoncillos, está.

TONI.— ¿El paracetamol?

BEA.— ¡El Zippo nacarado con el galeón ballenero que te regalé en nuestro primer aniversario! ¡No entiendes nada!

TONI.— Pero ¿qué tengo que entender?

BEA.— ¡Todo, después de lo que has hecho, estás obligado a entenderlo todo! ¿Lo entiendes?

TONI.— (...) Pero, exactamente, ¿qué es lo que tengo que entender?

BEA.— ¡Me va a estallar la cabeza!

TONI.— Perdóname, Bea, pero no entiendo nada.

BEA.— Lo haces a propósito.

TONI.— Bea/

BEA.— Quieres hacerme sufrir más, ¿verdad?

TONI.— Bea, yo...

BEA.— Es eso lo que quieres.

TONI.— No, Bea, no quiero eso.

BEA.— ¡Beatriz, Antonio, Beatriz, para ti soy Beatriz!

Pausa.

TONI.— ¿Antonio?

BEA.— Sí.

TONI.— ¿Me has llamado Antonio?

BEA.— Sí, Antonio.

TONI.— ¿Antonio?

BEA.— Sí, Antonio, te he llamado Antonio.

TONI.— No me llames Antonio, por favor, Bea, llámame Toni, no puedo soportar que me llames Antonio. No me llames Antonio, por favor, Bea. Nunca me has llamado así; a pesar de todo, quiero que me sigas llamando Toni. Toni, por favor, llámame Toni, no me llames Antonio, no puedo soportarlo... Bea... triz...

BEA.— Antonio, Antonio, Antonio, Antonio, ¡Antonio!

TONI.— Voy a ver si encuentro un paracetamol.

BEA.— Ya es tarde..., Antonio. Tarde es..., Antonio. Antonio..., ya es tarde. Es muy tarde...

TONI.— ¿Se te ha pasado ya?

BEA.— ... para todo es tarde. ¿Sabes cuál es la composición del paracetamol?

TONI.— Pues..., no sé..., paracetamol.

BEA.— ¿Ah, sí? No me digas.

TONI.— ¿Pero tú no eras más de ibuprofeno?

BEA.— Sí, pero ahora soy más de paracetamol.

TONI.— ¿Pero el paracetamol no te hacía...?

BEA.— ¿No me oyes, Antonio?

TONI.— Ya, pero...

BEA.— ¡No puedo tomar ibuprofeno!

Pausa.

TONI.— ¿Desde cuándo?

BEA.— ¿Desde cuándo qué?

TONI.— ¿Desde cuándo no puedes tomar ibuprofeno?

BEA.— Pues desde que no puedo...

TONI.— ¿Y por qué no puedes?

BEA.— ¿Ahora te interesas por mi salud?

TONI.— Ahora no, siempre.

BEA.— No puedo tomar ibuprofeno..., nadie puede tomar ibuprofeno, nadie debería tomar ibuprofeno, según todos los estudios el ibuprofeno es malo, es malísimo...

TONI.— Siempre con tus dichosos estudios...

BEA.— Sí, estudios de prestigiosas universidades confirman que el ibuprofeno es igual de malo que tú, Antonio. De hecho, deberían eliminar el ibuprofeno de la faz de la tierra... Sin ibuprofeno no estaríamos abocados al desastre absoluto...

TONI.— ¿Qué haces?

BEA.— Respiro.

TONI.— ¿Y para qué respiras?

BEA.— Pues para... tranquilizarte.

Pausa.

¿Y eso?

TONI.— El aire ha cambiado, viene del pueblo.

BEA.— ¿Tan pronto?

TONI.— Serán las pruebas de sonido de la verbena.

BEA.— Pero si nadie va ya a las verbenas.

TONI.— Nosotros, no, pero la gente, sí.

BEA.— No hables en plural, ya no somos uno.

TONI.— ¿Y qué somos?

BEA.— Dos.

Pausa.

¿Hoy es 15?

TONI.— Sí. ¿Te acuerdas?

BEA.— ¿De qué tengo que acordarme?

TONI.— De qué día es hoy.

BEA.— Huéleme, Antonio.

TONI.— Beatriz, por favor...

BEA.— Huéleme.

TONI.— Llámame... Toni.

BEA.— He dicho que me huelas.

TONI.— No, no te acuerdas.

BEA.— Sí que me acuerdo. ¿A qué huelo?

TONI.— Hueles muy bien.

BEA.— No te estoy preguntando si huelo bien, te estoy preguntando a qué huelo.

TONI.— A ti, hueles a ti.

BEA.— Huelo a dolor, Antonio, a dolor. Cada poro de mi cuerpo ha dejado de transpirar olor para transpirar dolor. Un dolor que me sale por las comisuras, a chorros, a borbotones, un dolor que se expande, que se agranda a cada segundo que pasa, que recorre todos los órganos de mi cuerpo, que los destruye, que los paraliza, que casi me impide respirar... Antonio, escúchame bien. Escúchame bien, Antonio, porque solo te lo voy a repetir una vez: entras en casa, subes a la habitación, coges el Zippo nacarado con el galeón ballenero que te regalé en nuestro primer aniversario, sí, ese que tienes olvidado en el primer cajón de tu mesita de noche; el primero, no el segundo. Le cambias la piedra, lo cargas, porque después de 20 años ya no quedará gasolina, y cuando flamee, con esa llama, con esa llama que nunca se apaga, con esa llama olímpica, vas a la olivera y le prendes fuego.

TONI.— ¡No puedes pedirme que quemé esta olivera!

BEA.— ¿Ah, no?

TONI.— ¡No puedes venir a pedirme que quemé La Matraca!

BEA.— ¿Que no puedo pedirte que quemes esa olivera?

TONI.— No, no puedes venir a pedirme que quemé un olivo milenario.

BEA.— Tú sí que me has quitado mil años de vida. Me he hecho vieja de golpe. ¿No me ves?

TONI.— ¡No puedes venir a pedirme que la quemé porque es el único ejemplar que/

BEA.— ¿Estás ciego? Mírame. ¿Qué ves?

TONI.— A ti, Bea; te veo a ti, Beatriz.

BEA.— Todas las arrugas que me tenían que salir de aquí a los 80 me han salido hoy. Las estrías me han explotado, me cuesta andar, respirar, pestañear y desde hace tres días busco un paracetamol, ¡una mierda de paracetamol para quitarme esta niebla de la cabeza y suena Raphael en la orquesta y Chucho no está! Soy una vieja de 80 en el cuerpo de una de 40. Esta mañana me han llamado señora en el aeropuerto. Me he vuelto senil de golpe, choqueo, me ha salido azúcar, tengo lumbalgias, colesterol, los triglicéridos por las nubes, desde hace tres días vuelvo a sufrir ataques de asma, se me clavan en la piel todas las uñas de los pies, me han salido callos, llagas en el costado, vomito a todas horas, tengo mareos y... ¡has perdido a Chucho! ¡Has perdido a mi Chucho! ¿Y tienes la desfachatez de decirme que no te puedo pedir que la quemes? Estoy en todo mi derecho de pedirte eso y mucho más. Dime una cosa, solo una cosa... ¿Cuándo fue la última vez que la meó?

Pausa.

TONI.— El sábado a las 21.42.

BEA.— ¿El sábado a las 21.42?

TONI.— Sí.

BEA.— ¿Sabes la hora exacta a la que Chucho meó la olivera por última vez?

TONI.— Sí.

BEA.— ¿Y cómo puedes saber de la hora exacta en la que Chucho meó la olivera por última vez?

TONI.— Pues porque lo sé.

BEA.— ¿Cómo puedes saberlo?

TONI.— Lo sé y ya está.

Pausa.

BEA.— ¿Qué pasó esa noche?

TONI.— Nada.

BEA.— ¿Qué me ocultas?

TONI.— ¿Qué te voy a ocultar?

BEA.— Uno recuerda la hora exacta de algo, por algo. Si no, no te acordarías de algo tan trivial como que tu perro mee la olivera que siempre mea.

TONI.— Tengo muy buena memoria.

BEA.— ¿Cómo es posible que te acuerdes de la hora exacta en la que Chucho meó la olivera por última vez?

TONI.— ¿Cómo es posible que te olvides de unos juegos olímpicos?

BEA.— ¿Qué?

TONI.— ¡Nunca pensé que llegarías tan lejos! ¿Cómo es posible que hayamos llegado hasta este punto? ¿Cómo has sido capaz de olvidar la ceremonia inaugural de unos juegos olímpicos? La primera ceremonia que no vemos juntos. ¡Dime! ¿Cómo estabas tan tranquila recorriendo Roma mientras yo estaba aquí viendo solo la ceremonia inaugural de los Juegos de la trigésima primera olimpiada? ¡Dímelo, explícamelo, porque yo ya no entiendo nada!

BEA.— Dime tú antes una cosa.

TONI.— No puedo entenderlo.

BEA.— ¿Lo admites?

TONI.— ¿Qué tengo que admitir?

BEA.— Lo admites, ¿sí o no?

TONI.— ¡No puedo admitir nada si no sé lo que tengo que admitir!
¿Qué es lo que tengo que admitir?

BEA.— Que has perdido a mi perro.

TONI.— ¡A... nuestro perro!

BEA.— ¿Nuestro perro?

TONI.— Sí, nuestro perro.

BEA.— ¿Nuestro perro?

TONI.— Sí, nuestro perro.

BEA.— ¿A mi Chucho?

Pausa.

TONI.— Sí, a nuestro Chucho, de los dos, vaya.

BEA.— Chucho es mío. Tú me lo regalaste, siempre ha sido así. Y aunque no vuelva, aunque no lo encuentre, aunque haya muerto, aunque el mundo deje de existir, aunque el sol explote y al cabo de miles de millones de años solo quede en el cosmos el recuerdo en forma de luz de esa explosión, es y será mi perro, y no porque lo diga yo, sino porque lo que nos une a Chucho y a mí está más allá de la vida y más allá de la muerte, porque no puede acabar lo que es eterno, ni puede tener fin la inmensidad. ¿Por qué me miras así?

TONI.— Mírate, igual de excesiva que siempre, igual de dramática, igual de intensa. Por favor, Beatriz, ¿quieres dejar de una vez de ver los documentales de La 2?

BEA.— No veo los documentales, duermo la siesta con ellos. Además, ya no los veo en La 2, tengo Netflix.

TONI.— ¿Te has puesto Netflix?

BEA.— Sí. ¿Quién le quitaba las legañas?

TONI.— ¿Te has puesto Netflix?

BEA.— Sí. ¿Quién recogía sus mierdas?

TONI.— ¿En serio? No me lo puedo creer.

BEA.— ¿Quién le limpiaba el culo cuando le dabas jamón y se iba por la pata abajo? Y Filmin.

TONI.— ¿Filmin?

BEA.— Sí. ¿Quién lo llevaba al veterinario?

TONI.— ¿Filmin también?

BEA.— Sí. ¿Quién pasaba las noches en vela cuando se le metía un cachorro en el oído?

TONI.— Lo haces a propósito.

BEA.— ¿Quién le enseñó a sentarse?

TONI.— Quieres hacerme sufrir más, ¿verdad?

BEA.— Por supuesto.

TONI.— ¡Dijimos de ponernos HBO!

BEA.— Por eso mismo. ¿Quién le enseñó a tumbarse, a levantar la patita? ¿A hacerse el muerto cuando hacíamos... ¡pum-pum! ¿A quién obedecía cuando lo llamabas, a ti o a mí? Responde, vamos, sé valiente y responde.

TONI.— ¡Tú lo liaste con el valenciano!

BEA.— ¿Qué me pasa? ¿Cómo puedo estar hablando de Chuchó en pasado? ¿“Con el valenciano”?

TONI.— Sí.

BEA.— ¿Después de diez años volvemos al tema del valenciano?

TONI.— Lo educaste en valenciano y con ese simple sesgo lingüístico lo alejaste de mí.

BEA.— ¡Chuchó no está, qué más da ahora todo!

TONI.— Es importantísimo utilizar un mismo idioma para la educación canina.

BEA.— ¡Mentira! ¿Tú qué sabrás de educación? El bilingüismo temprano transforma la organización y la estructura del cerebro y favorece el desarrollo de la corteza frontal.

TONI.— ¿Quieres decir que mi estructura del cerebro no está transformada? ¿Quieres decir que no tengo desarrollada la corteza frontal?

BEA.— Sí. Y además hay estudios que demuestran que desde los cuatro meses los bebés pueden diferenciar dos lenguas.

TONI.— ¡Soy un inútil con los idiomas y le hablaste valenciano para que no pudiera comunicarme con él!

BEA.— ¡Es mi lengua materna, Antonio, la lengua en la que me habla mi madre! Cómo quieres que le hable, ¿en ruso? Hablo valenciano como tengo el color de los ojos verdes y los dedos de pianista. Hablo valenciano porque, antes de decir “mamá”, mi madre me susurraba nanas al oído en valenciano. ¿Tan difícil es de entender?

TONI.— ¿Tan difícil de entender es que soy de Burgos?

BEA.— Me va a estallar la cabeza, necesito un paracetamol. Las ventajas de la inmersión lingüística no solo están avaladas/

TONI.— Beatriz/

BEA.— por innumerables estudios científicos;/

TONI.— Bea, por favor/

BEA.— adquirir una conciencia metalingüística temprana,/
/

TONI.— ¿Qué dices?

BEA.— según Tunmer y Herriman,/
/

TONI.— ¿Tunmer, Herriman? ¡Beatriz!

BEA.— ¿Qué?

TONI.— ¡Beatriz!

BEA.— ¿Qué?

TONI.— ¡Era un perro!

Pausa.

¡Un perro!

BEA.— De uno de la meseta, no..., de uno de la meseta, no... Ya me lo advirtió mi abuela.

TONI.— ¡Los perros no necesitan ser plurilingües, necesitan entender a sus amos! La culpa de que no volviera es tuya. Si el perro hubiera entendido mis órdenes en castellano, ahora mismo estaría aquí. Ese fue el inicio de tu plan, de tu confabulación contra mí, de vuestra conspiración contra mí. Tenía un nombre en castellano y tú le hablabas en valenciano, eso es una locura.

BEA.— ¿Locura?

TONI.— Lo podías haber llamado Gos-Gos, o Quisso, o Ca, o Ca-Ca.

BEA.— Se llamaba Chucho y a veces lo llamabas Cobi. ¿Cómo te iba a hacer caso? Tú eres quien le creó problemas de identidad.

TONI.— ¿Que yo le creé problemas de identidad?

BEA.— Sí, tú.

TONI.— ¿Cómo no iba a tener problemas de identidad si cuando lo llamabas acudían todos los perros callejeros? Todos menos él, que no se daba por aludido.

BEA.— Se tendría que haber llamado Cobi, o Misha, o Sam, o Vini-
cius..., ¿verdad?

TONI.— Pues sí, por lo menos tendría un nombre con personalidad.

BEA.— ¿Personalidad?

TONI.— ¿Sabes que la próxima mascota olímpica la elegirán los ni-
ños de Japón y no un comité?

BEA.— ¿Y a mí qué me importan los niños de Japón? Estoy hasta el
moño de tus mascotas olímpicas, de tus antorchas de juguete y de
tus olivos milenarios.

TONI.— Eres cruel, muy cruel. Según todos los indicios, estás en la
segunda fase del duelo, que es la ira.

BEA.— ¡Mi perro no está muerto!

TONI.— La negación, primera etapa/

BEA.— ¡Está vivo!

TONI.— Ira, la segunda, de manual.

BEA.— ¿Tú qué sabrás?

TONI.— A mí también me pasó cuando te fuiste.

BEA.— Estás peor de lo que creía.

TONI.— Pero estoy mejor, no creas. Según la pirámide de Elisabeth
Kübler-Ross,/

BEA.— ¿Kübler qué?

TONI.— todavía te falta superar las fases de negociación, de depresión y de aceptación.

BEA.— ¡Pero yo no me he muerto y mi perro tampoco!

TONI.— Ira-negación, ira-negación; basculas ahí...

BEA.— ¿Lo has visto?

TONI.— Y eso es peligroso/

BEA.— ¿Has encontrado su cuerpo?

TONI.— Tienes que empezar a negociar contigo misma/

BEA.— ¿Has cavado un hoyo?

TONI.— Déjate arrastrar a la siguiente fase/

BEA.— ¿Has llorado al dejar su cuerpecito?

TONI.— Tú puedes, vamos/

BEA.— ¡Le has tirado tierra encima!

TONI.— Yo te ayudo, respira...

BEA.— ¿Lo has enterrado?

TONI.— ¡No, no, no, no y no, y mil veces no!

BEA.— ¡Pues entonces no está muerto!

Silencio. Bea empuja a Toni.

¿Y ahora quién es el que bascula? Basculante, más que basculante.

TONI.— No tendría que haberse llamado Chucho.

BEA.— No utilices el pasado con Chucho.

TONI.— Él era un perro especial.

BEA.— No utilices la tercera persona del singular del pretérito imperfecto de indicativo del verbo ser con Chucho.

TONI.— Rocky, Tobi, Pedro,/

BEA.— Mi perro todavía ES.

TONI.— Chispa, Pepe, Canela/

BEA.— Él es y será tercera persona del singular del presente de indicativo siempre.

TONI.— Un nombre con personalidad, eso es lo que tenía que tener.

BEA.— ¡Pero se llamaba Chucho porque ni siquiera pudimos ponernos de acuerdo para poner un nombre a un perro!

TONI.— Waldy, por ejemplo, es un nombre con personalidad, como la primera mascota olímpica,/

BEA.— Me estalla la cabeza.

TONI.— la de Múnich 1972,/

BEA.— Me va a estallar.

TONI.— que además era un perro salchicha/

BEA.— ¡Quémala ya! ¡Quema la olivera!

TONI.— No puedes pedirme eso.

BEA.— Puedo pedirte todo lo que me venga en gana, puedo pedirte hasta que arrojes a esa pira que vas a encender, con el Zippo nacarado del galeón ballenero que te regalé en nuestro primer aniversario, todas las putas mascotas olímpicas desde Múnich'72 hasta Tokio 2020.

TONI.— ¿Has dicho que tire todas las mascotas olímpicas?

BEA.— No, no he dicho que las tires, he dicho que las quemes, que es distinto.

TONI.— ¿Nuestras mascotas olímpicas?

BEA.— Tus mascotas olímpicas.

TONI.— ¿Nuestras mascotas olímpicas que hemos recopilado a lo largo de todos estos años?

BEA.— Las llamas de esa olivera ascenderán a Misha a los cielos como en un gran auto de fe.

TONI.— ¿A mi Misha? ¡Sacrílega! ¿Quieres que mi Misha acabe en una pira como un vulgar hereje impenitente? La mejor mascota, después de Cobi, que ha tenido el olimpismo. ¿Y me pides que mi Misha se convierta en pasto de las llamas?

BEA.— Sí.

TONI.— ¿A ese Misha de peluche que me trajo mi tía de Moscú en el 80 y que me convirtió en el ídolo de masas de mi colegio?

BEA.— Sí, a ese Misha que se follaba Chucho cuando tú no estabas.

TONI.— ¿Cómo? ¿Dejabas que Cobi practicara sexo con Misha?

BEA.— Sí, con ese Misha de ojos tristes de la estepa rusa y el culo gordo de eslavo oriental.

TONI.— Sabía que algo iba mal, fatal.

BEA.— Con algo tenía que desahogarse el pobre chucho.

TONI.— Cuando lo recogí de la perrera, no sabías ni cómo se llamaba. Si no te hubiera dicho su nombre, no te habrías enterado. Le llamaron Chucho como le podían haber puesto Tobi, y de Tobi a Cobi va solo una letra.

BEA.— Yo quería ponerle un nombre con personalidad, pero tú no quisiste.

TONI.— ¿Argos, verdad?

BEA.— Sí, Argos.

TONI.— ¿Desde cuándo Argos es un nombre de perro?

BEA.— Quizá desde que Ulises se lo puso a su perro.

TONI.— Siempre con tu helenismo exacerbado.

BEA.— No puedo más.

TONI.— El que no puede más soy yo. Valenciano, castellano y ahora griego. Salvé a Chucho de ser trilingüe, ya puedes darme las gracias.

BEA.— Y si tantas veces salvaste a Chucho de la perrera, de ser trilingüe y de no sé cuántas cosas más, ¿por qué no lo salvaste cuando te necesitaba más que nunca?

Silencio.

Te lo voy a decir. ¿Sabes por qué no te hacía caso?

TONI.— Por el dichoso nombre y por lo del valenciano.

BEA.— Me están entrando arcadas... ¿Tienes una bolsa de plástico?

TONI.— A mí no me sale decirle “*vine*” en lugar de “ven”, no puedo decirle “*seu*” en lugar de “siéntate”, no puedo decirle “*aci*” en lugar de “aquí”... ¿No lo entiendes?

BEA.— El que no lo entiende eres tú. ¡Chucho me eligió a mí! ¡En-térate! Los perros eligen un amo, y Chucho me eligió a mí. Como su ama, me eligió a mí y no a ti. Ese es tu dolor. Ese será tu dolor. Yo he sido, soy y seré el macho alfa para Chucho. ¡Acéptalo de una vez! Y de paso, asume tu responsabilidad. Sé valiente y échate la culpa, grítaselo a tus oliveras milenarias, que te oigan: “Sí, he perdido a Chucho, he perdido al perro”. Llorar, llora, que te vean llorar, que te vean gritar, pero haz algo, coño, haz algo que te dignifique de una vez.

TONI.— Mis oliveras milenarias hace meses que no escuchan.

BEA.— Pues ponles un sonotone.

Pausa.

TONI.— ¿Te has visto bien, Bea?

BEA.— Lo último de lo que tengo ganas es de ver mi reflejo en un espejo.

TONI.— No hablo de tu reflejo. Hablo de ti. ¿Dónde estás? ¿A dónde has ido? ¿Cuándo empezaste a marcharte? Dímelo. Quiero saber el momento exacto en que empezaste a irte de mí. Dímelo, Bea.

BEA.— ¡Beatriz! Para ti soy y seré por siempre Beatriz. Hace eras, eones, que tú y yo no hablamos el mismo idioma.

TONI.— Beatriz, ¿crees que te dignifica venir aquí y tratarme como me estás tratando?

BEA.— Hace tres días que me importa una mierda la dignidad.

TONI.— Pues debería.

BEA.— ¿Me acusas de ser la responsable de que tú hayas perdido a Chucho y eres tú quien habla de dignidad?

TONI.— Sí.

BEA.— Era el primer régimen de visitas, el primero, no el segundo... ¿Me acusas de ser la responsable de que tú hayas perdido a Chucho y eres tú el que me habla de dignidad?

TONI.— Sí.

BEA.— Pues ten una pizca de ella y quema la olivera.

TONI.— ¡Llámala por su nombre!

BEA.— ¿A quién?

TONI.— A la olivera.

BEA.— Tendrías que haberle puesto un nombre con personalidad.

TONI.— ¿A quién?

BEA.— A la olivera. “Matraca” no es nombre de olivera milenaria, le tendrías que haber puesto un nombre ambicioso, acaparador, que abarcara sus dos mil años de vida.

TONI.— ¿Qué le pasa a La Matraca?

BEA.— No le pasa nada, solo que tienes que quemarla.

TONI.— No lo voy a hacer.

BEA.— ¡Quema La Matraca! Llevaba solo una semana contigo y pierdes a Chucho. ¡Quema La Matraca!

TONI.— Tú sí que eres una matraca.

BEA.— Pediste la custodia compartida solo para hacerme daño. ¡Quiero que la quemes! Necesito que la quemes. ¿En qué parte de la olivera meó? ¿En la derecha o en la izquierda? No me lo digas, no quiero saberlo.

TONI.— En la derecha.

BEA.— Te lo dije, quédate con la casa, con los coches, con todos los peluches de las olimpiadas, con los llaveros de las sedes olímpicas, con el vídeo de la inauguración de Barcelona'92, con La Matraca, pero no te quedes con el perro, por favor te lo pido, no te quedes con mi perro, no te quedes con mi Chucho.

Silencio.

Siempre te ha dado igual, ¿verdad?

TONI.— ¿Cómo me va a dar igual?

BEA.— Nunca lo has llegado a querer del todo, confíésalo.

TONI.— ¿Pero qué dices?

BEA.— Te estorbaba, siempre te ha molestado. Si no querías un perro, ¿por qué me lo regaste, eh?, ¿por qué? Dímelo. Dímelo, porque yo ya no puedo más. ¡Y necesito un paracetamol y que pare de sonar Raphael en esa puta verbena!

Silencio.

TONI.— ¿Quieres saber por qué te regalé a Chucho?

BEA.— ¿Para hacerme feliz?

TONI.— ¿Quieres saberlo?

BEA.— Ardo en deseos.

TONI.— ¿De verdad quieres saberlo?

BEA.— ¿Para que se me pasara el helenismo exacerbado?

TONI.— No.

BEA.— ¿Para que dejara de ver los documentales de La 2?

TONI.— No.

BEA.— ¿Para hacerme infeliz?

TONI.— No.

BEA.— ¿Para que me olvidara de que pasabas más horas con tus oliveras que conmigo?

TONI.— ¡Te regalé a Chucho porque quería que se te despertara el instinto maternal! ¡Sí, el instinto maternal!

Pausa.

¡Pero en todos estos años con el perro solo se te ha despertado el instinto animal!

Pausa.

¿Tú te has visto desde que has llegado? Te has vuelto oscura como los cuervos al atardecer, esquivas como las salamandras, recelosa como un león con su presa, suspicaz como un búho, manipuladora como los zorros cuando entran al gallinero. ¿Has visto cómo

has venido aquí, a tu antigua casa? Has entrado como un gato erizado, envalentonada como un lobo, y si antes eras terca como un águila al acecho, ahora te has vuelto sibilina como las arañas. ¿Has visto cómo has profanado nuestro jardín y cómo estás tratando La Matraca? No respetas nada. No me respetas a mí ni esta olivera que ha compartido tantos años de su vida con nosotros tres; esta olivera que te ha arropado, cobijado y te ha dado sombra cuando tenías calor; esta olivera que te ha dado su esencia, de la que bebes su elixir a diario; esta olivera que se ha convertido en el único ejemplar, el último bastión, el último soldado en presentar batalla, el único ejemplar capaz de desafiar a la muerte. ¿Tú has visto cómo nos estás tratando?

Pausa.

No, no lo has visto. Háztelo mirar, Bea... triz. En lugar de hablar, ladras como tu perro.

BEA.— Ojalá.

TONI.— ¿Ojalá, qué?

BEA.— Ojalá ladrara como Chucho y saltara de felicidad como él lo hacía. Ojalá tuviera ganas de lamerte por las mañanas y de restregarme por tus piernas. Ojalá gozara al correr entre las oliveras y revolcarme en el barro. Ojalá fuera tan agradecida, tan atenta, tan despierta como él. Ojalá pudiera mirar, pudiera mirarte como Chucho me miraba, ojalá pudiera amar como Chucho me amaba. Ojalá me acercara más a la animalidad y menos a la humanidad.

Silencio.

TONI.— Creía que cuando tuvieras un cachorro, cuando lo acariciaras, cuando lo achucharas y le vieras los ojitos, sus patitas, cuando sintieras sus costillas en tus manos, querrías tener tu bebé, nuestro bebé, para acariciarlo, para achucharlo, para verle los ojitos, para

hacerle cosquillas; pero no, es evidente que con Chucho tuviste más que suficiente.

Silencio.

¿Por qué no quisiste tener un hijo mío? No, no me lo digas...

Pausa.

Yo solo quería un bebé como tú..., como tú y como yo. Y que tuviera tus ojos achinados cuando te ríes y tu sonrisa... o mi sonrisa y mis manos, y tus costillas y mi mandíbula, y tu piel suave/

BEA.— Vale, Antonio, lo he entendido.

TONI.— Llegó Chucho y poco a poco te fuiste tú. Ya no necesitaste a nadie más.

Silencio.

¿Por qué no quieres tener un hijo mío?

BEA.— Antonio, yo.../

TONI.— ¡Que no me lo digas!

BEA.— Antonio/

TONI.— Dejaste de tocar mi pelo para acariciar el suyo, dejaste de mirarme a mí para mirarlo a él. Dejaste de tocar mi piel canela.

BEA.— Antoni/

TONI.— Dejaste de reír conmigo, de llorar conmigo para llorar con él.

BEA.— ¿Qué dices?

TONI.— Yo que hubiera llorado contigo,/

BEA.— ¿Es eso?

TONI.— reído contigo ante cualquier dolor,/

BEA.— Lo sabía.

TONI.— ante este dolor.

BEA.— ¿Cómo no lo vi antes?

TONI.— Hubiera unido alma con alma,/

BEA.— ¿Cómo pude estar tan ciega?

TONI.— corazón con corazón/

BEA.— ¡Siempre has estado celoso de Chucho!

TONI.— Si tú me hubieras dicho “ven”/

BEA.— ¿Qué?

TONI.— Si tú me hubieras dicho “ven”,/

BEA.— ¿Qué?

TONI.— lo hubiera dejado todo, ¿me oyes? Todo.

Pausa.

BEA.— ¿Todavía llevas en el coche el cedé *Los 50 mejores boleros de la historia*?

TONI.— Sí.

BEA.— Pues títalo a la pira también.

TONI.— Sí, es lo que tendría que hacer, quemarlo todo. Arrasar con todo, pero tendría que empezar por el principio. Yo, antes de conocerte a ti, fumaba como un carretero, oía a Iron Maiden, a Barrón Rojo, a Sepultura.

BEA.— ¿Cómo no lo he visto antes?

TONI.— Llevaba pantalones de pitillo que me aprisionaban los huevos, dormía, vivía y follaba sin quitarme mi camiseta de Ozzy Osbourne.

BEA.— ¿Cómo he podido ser tan tonta?

TONI.— Me hice la permanente para llevar el pelo como el cantante de Sangre Azul.

BEA.— Por eso toda esa mierda de la custodia compartida.

TONI.— Y durante meses me tatué a escondidas, todas las noches, con una pipa de girasol en todo el antebrazo: “Va a estallar el obús”.

BEA.— ¿Por eso nunca lo llamaste por su nombre?

TONI.— Y ahora escucho a Los Panchos, a Antonio Machín,/

BEA.— ¿Cuánto tiempo estuviste maquinándolo todo?

TONI.— en un cedé de gasolinera.

BEA.— ¿Cuánto tiempo?

TONI.— ¿Qué me has hecho?

BEA.— ¿Eh, dímelo?

TONI.— ¿Que te diga qué?

BEA.— ¡Dímelo!

TONI.— ¿El qué?

BEA.— Tú no has perdido a Chucho, no, qué va, ¡tú lo has matado!
¡Tú has matado a Chucho!

TONI.— ¿Pero qué dices?

BEA.— Los asesinos nunca nombran a sus víctimas, o les cambian el nombre para no empatizar con ellas. ¿Cuándo lo has matado?

TONI.— Estás loca.

BEA.— ¿Cuándo cometiste el... *perricidio*?

TONI.— Netflix te está jodiendo la vida.

BEA.— ¿Dónde lo has enterrado?

TONI.— ¿Pero qué dices?

BEA.— ¿Dónde está Chucho?

TONI.— ¡No lo sé!

BEA.— ¿Dónde has enterrado a Chucho?

TONI.— ¡Chucho se fue!

BEA.— ¿A dónde?

TONI.— Si me dejaras, te lo explicaría.

BEA.— ¿Debajo de cuál de tus oliveras centenarias que vendes a millonarios estúpidos has enterrado a mi perro? ¿Lo has enterrado debajo de La Matraca? ¿Está enterrado aquí? ¿Aquí en nuestra casa? No puedo creerlo... ¡Por eso has puesto césped artificial! ¿Cómo lo has matado? No, no me lo digas. ¡Asesino! ¿Cómo has podido? ¡Criminal! ¡*Perricida*, más que *perricida*!

TONI.— ¡Definitivamente, está loca! ¡Definitivamente, está como una puta cabra!

BEA.— ¿A quién le dices eso? Estoy aquí...

TONI.— ¡Loca perdida!

BEA.— ¿A quién le hablas, a quién le dices que estoy loca?

TONI.— ¡Al técnico de sonido de la orquesta! Se lo grito al técnico de sonido de la orquesta, para que se lo diga a los músicos y esta noche el cantante, en medio de la verbena, grite a todo el pueblo: ¡Esta tía está como una puta cabra!

BEA.— Pues pregúntale de paso si tiene paracetamol. Oye, ¿tienes un paracetamol para esta desquiciada? Gracias, y, si no te importa, dile a los músicos que dejen de tocar *Mi gran noche*.

Silencio muy largo.

TONI.— Se fue.

BEA.— ¿Quién se fue?

TONI.— Chucho.

BEA.— No me lo cuentes.

TONI.— Chucho se fue, sin más.

BEA.— Que no me lo digas.

TONI.— Fui a la finca con él y/

BEA.— Que no quiero oírlo.

TONI.— No seas ridícula. Ya está bien. ¿A qué has venido entonces? Si no vienes para saber cuándo, cómo y dónde vi por última vez a Chucho, cómo se perdió, qué paso, ¿a qué coño has venido? ¿A insultarme, a humillarme como si fuera uno de tus alumnos?

BEA.— He venido para que quemes esa olivera en la que Chucho fue feliz. He venido para que quemes esa olivera en la que fuimos felices.

Pausa.

Y yo no insulto a mis alumnos. Son unos inútiles, eso no es un insulto, es una realidad.

TONI.— ¡Está bien, he sido yo! Sí, yo he perdido a Chucho, yo he perdido a nuestro perro, yo te he destrozado la vida. Y ahora, ¿qué? ¿El cosmos de tus documentales se va a venir abajo? ¿El valenciano va a desaparecer de la faz de la tierra? ¿Tus lenguas muertas van a resurgir como el ave fénix?

BEA.— Quiero que sufras.

Pausa.

Y que tus lágrimas, en lugar de ser curativas como las del ave fénix, sean corrosivas y te quemen la piel. Quiero que mueras y como el ave fénix renazcas cada 500 años de tus cenizas, y en lugar de cargar sobre tus hombros el cuerpo de tu padre muerto, cargues sobre tus espaldas el cuerpo de mi Chucho, para que nunca te olvides del dolor que me has causado.

TONI.— Aunque te cueste creerlo, no tienes la exclusividad del sufrimiento.

BEA.— Quiero que sufras más.

TONI.— ¿Más?

BEA.— Sí, quiero que sufras más, mucho más.

TONI.— ¿Cuánto más?

BEA.— Más, en general y en toda su magnitud cósmica.

TONI.— ¿Un poco más que cuando entendí que ya no me querías?

BEA.— Más.

TONI.— ¿Un poco más que cuando intenté quererte más para que tú me quisieras más?

BEA.— Más, mucho más.

TONI.— ¿O más que cuando te veo sufrir y no puedo ayudarte, y no me dejas ayudarte?

BEA.— Más, más, más, más/

TONI.— ¿Un poco más que cuando Chucho se fue, y lo llamé y lo busqué durante horas y horas, y recorrí el término de mojón en mojón, de hito en hito, de punta a punta? ¿O más que cuando me pides que quemé la primera olivera que compramos y la única que se resiste a morir después del paso de la *Xilella fastidiosa*?

BEA.— Tú sí que eres fastidioso. Yo no tengo nada que ver con ventadeolivosmaravillosos.com.

TONI.— No te estás enterando de nada. No me escuchas, ¿verdad? Si lo hicieras, sabrías perfectamente de lo que estoy hablando. Hace años que te hablo de ello, hace años que sufro por ello. Años que temo el momento, y ese momento ya ha llegado. Las aguas ya se han convertido en sangre, de momento ha llegado ella, sigilosa, cauta, sin hacer ruido. No es escandalosa, como las ranas y las langostas, no la notas en tu piel como las pulgas y los tábanos, pero la oscuridad está a punto de caer sobre nosotros, ya ha caído sobre nosotros, pero tú no lo ves. Sigues sin ver, sin escuchar, ciega y sorda/

BEA.— ¿Pero qué dices? Aquí, el único sordo y excesivo eres tú. A ver si ahora lo entiendes: quiero que lo quemes todo.

TONI.— Pídeme que lo queme todo menos esta olivera.

BEA.— Quiero que lo quemes todo y que quemes esta olivera.

TONI.— ¿Quemo también las fotos de todos los viajes que hicimos para encontrar esos olivos? ¿Los caminos que recorrimos? ¿Cómo se quema eso? ¿Cómo se quema la alegría? ¿Cómo se queman los saltos y los abrazos al encontrar una olivera con esas ramas capaces de abrazarlo todo? ¿Y las conversaciones con los agricultores? ¿Y el pan con aceite y pimentón? ¿Y el vino que bebíamos debajo, apoyados en su tronco? ¿Cuántos Zippos nacarados con el galeón ballenero que me regalaste necesitamos para eso? Quizá no tenga tus palabras de filóloga para hablar y hablar como tú, pero mi sufrimiento, por si no lo sabes, es muy parecido al tuyo.

BEA.— Estoy tan muerta como las lenguas que enseñó, por eso quizá no acabo de ver tu dolor.

TONI.— Pues míralo, porque está aquí y crece..., y crece más que..., más que el tronco y las ramas de La Matraca han crecido en dos mil años.

BEA.— No intentes hacer metáforas con la olivera, por favor te lo pido...

TONI.— Hago lo que me da la gana. ¿O aparte del sufrimiento tienes también la exclusiva de las metáforas? Pues que sepas que yo también soy filólogo, filólogo de la naturaleza; mis manos esculpen plantas, ramas y troncos como las tuyas letras. Y siguen vivas, no muertas como tú y tus lenguas.

BEA.— ¡Mis lenguas no están muertas!

TONI.— ¡Lo acabas de decir tú!

BEA.— Yo puedo decir lo que me dé la gana de mis lenguas muertas; tú, no.

TONI.— Tus lenguas muertas están tan muertas que ya no tienes alumnos. Y das clase de ética a adolescentes salidos para no irte a la puta calle. Y te tienes que ir de viaje de fin de curso con ellos a Roma cuando ellos quieren beber y follar en Mallorca.

Silencio.

BEA.— ¿Y tú qué tienes?

TONI.— Hasta hace poco lo tenía casi todo.

Silencio.

BEA.— Las lenguas, por si no lo sabías, no mueren, a las lenguas las matan los hombres como tú. Mientras haya una palabra de una palabra, de una palabra, de una palabra que derive de otra palabra, esa lengua está viva.

Pausa.

Mira el cielo, mira las estrellas, pues las palabras son como ellas.

TONI.— ¿Como las estrellas? No intentes hacer más metáforas con las estrellas, por favor te lo pido...

BEA.— Desaparecieron hace miles de años, pero para nosotros son reales, porque es ahora cuando vemos la luz que desprendían entonces. Esa luz es la palabra que ha pervivido a lo largo de los milenios y, transformada por su uso, llega ahora con toda su fuerza hasta nosotros. Di “persona”.

TONI.— ¿Qué?

BEA.— Que digas “persona”.

TONI.— Persona.

BEA.— ¿Lo ves? Hablas etrusco. Di “teatro” y “democracia”.

TONI.— Teatro.

BEA.— Ahora hablas griego. Di “democracia”.

TONI.— No.

BEA.— ¿Por qué?

TONI.— Que exista el tallo no garantiza que el brote dé sus frutos.

Pausa.

BEA.— Cuando en esta tierra que *cultivas* crece la *vida* a través de tus *árboles*, estás hablando latín. “Olivo”, esa palabra que tanto amas, la nombró un griego por primera vez, y ese griego cogió una de sus ramas y coronó a los atletas de tus queridos Juegos Olímpicos. Así que no vuelvas a decir que mis lenguas muertas están muertas, porque, entonces, tú también estás muerto.

Silencio.

TONI.— ¿Y en qué hablo cuando digo “mierda”? ¿Eh? ¿En qué hablo?

Pausa.

BEA.— En latín.

TONI.— Pues mira lo que te digo: mierda, mierda y mierda, una mierda más grande que las ramas de La Matraca.

BEA.— Me fascina el alto nivel argumental de la discusión.

TONI.— ¿Por qué no la quemas tú?

BEA.— ¿Cómo?

TONI.— Quema tú La Matraca, venga, quémala.

BEA.— ¿Yo?

TONI.— Sí, tú.

BEA.— No tires ahora la pelota a mi tejado, soy yo la que ha venido aquí reclamando el justo pago a mi sufrimiento. Soy yo la que te lo ha pedido, yo he pensado antes en mi venganza y tú tienes que pagar primero, tengo que dar yo el segundo golpe porque tú ya me has dado el primero.

TONI.— Sigues sin entender nada, sin oír nada, sin ver nada. Bea, esto no es un combate. Aquí no hay un vencedor. No te has fijado al llegar aquí, ¿verdad? Los dos hemos perdido todo ya. Todo. Los dos, hace años, siglos, milenios, que lo hemos perdido todo. ¿No has visto el color de los olivos? ¿Lo has visto? No, no lo has visto. Tú qué vas a ver. (*Pausa*) Hace años que me oyes pero no me escuchas; que miras pero no ves. Mira para ver de verdad por una vez en tu vida. Mira los bancales. Mira el color de las hojas de las oliveras. Están todas secas. Pero, a lo mejor, es posible que ni observando detenidamente veas nada. No ves

nada porque no te preocupa nada. No te preocupa nada que no seáis tú y tu perro. Tu perro y tú. Eres igual que ella, acaparadora, ambiciosa, absoluta.

Pausa.

Te lo he dicho, las aguas ya se han convertido en sangre. La bacteria ha saltado ya. La *Xilella fastidiosa* está aquí, ¿no la oyes, no la sientes? Hace años que llegó a nuestra finca, pero es silenciosa. No nos hemos enterado porque es sigilosa. Cuando un insecto contaminado succiona su sabia, la bacteria inicia su ataque. Es esquivia, recelosa, suspicaz y está envalentonada porque nadie sabe cómo atacarla. Es sibilina, trabaja lentamente pero sin descanso: mientras te comes una tajada de melón, o mientras duermes la siesta, la bacteria tapona venas por las que pasa la sabia, y poco a poco, muy lentamente, asfixia a los olivos; poco a poco y muy lentamente, mueren sin remedio. Árboles que han visto miles de atardeceres, que son los seres vivos más viejos del planeta, mueren sin remedio. Ellos se dan cuenta de que se están muriendo y no nos pueden decir nada. Chucho, cuando quería algo, te ladraba o te rascaba con sus patas. Cuando los olivos muestran sus primeros síntomas, ya es tarde. La *Xilella fastidiosa* es silenciosa y egoísta, lo quiere todo para ella.

Silencio muy largo.

BEA.— No sé qué decir, Antonio.

TONI.— Es mejor que no digas nada.

Pausa.

¿Puedes imaginar un mundo sin olivos? ¿Cómo no me he dado cuenta de nada? ¿En qué momento todo se empezó a torcer? No he sido capaz de comprenderlos. ¿Cómo no lo vi antes? Llevo años con ellos, los veo, los cuido, los podó, los trasplanto, los llevo a jardines, a rotondas, y no he sido capaz de ver lo que les

estaba pasando. ¿Puedes imaginar un mundo sin su aceite, sin su sabor, sin su olor?

Pausa.

¿Qué va a ser de las olimpiadas sin ramas de olivo para los ganadores?

Silencio.

Toda la finca, todo lo que alcanza tu vista está infectado. Todavía no hay muchos síntomas aparentes, los observas y están tan vivos como tú y como yo, muchas ramas secas, pero nada más. Podría pasar como un efecto de la sequía, pero no, la finca entera está contagiada.

BEA.— Lo siento mucho.

TONI.— ¡No digas que lo sientes!

Silencio.

BEA.— Y ahora, ¿qué?

TONI.— El protocolo es cortar todos los árboles en un radio de cien metros del pie infectado.

BEA.— ¿Y qué va a pasar con ventadeolivosmaravillosos.com?

Silencio.

¡¿Podéis cambiar de canción de una puta vez? Venid a mi pueblo y tocad Raphael, y ya veremos si salís vivos de allí!

TONI.— ¿También le vas a decir a la orquesta qué música tiene que tocar?

Pausa.

BEA.— ¡Pues sí! ¡Gracias! ¿Y lo del paracetamol cómo lo llevamos?

TONI.— No sé cómo lo haces, pero, al final, todo el mundo acaba haciendo lo que tú quieres.

BEA.— Todo el mundo, no.

Pausa.

Chucho no me hace caso. Si me hiciera caso, ahora estaría aquí conmigo.

Silencio.

TONI.— ¿Lo has probado?

BEA.— ¿El qué?

TONI.— ¿Has probado a llamarle?

BEA.— No.

TONI.— ¿No has llamado a Chucho?

BEA.— Hace tres días que se te perdió, es imposible/

TONI.— Inténtalo.

BEA.— No digas tonterías.

TONI.— No digo tonterías. Llama a Chucho.

Pausa.

BEA.— Tengo miedo.

TONI.— ¿De qué?

BEA.— De llamarlo y que no vuelva.

TONI.— No tienes nada que perder, llámalo, ¡vamos!

Pausa.

BEA.— No me atrevo.

TONI.— Si te vas de aquí esta noche y solo me has gritado a mí, te arrepentirás.

BEA.— No puedo hacerlo.

TONI.— ¿Llamarlo?

BEA.— Arrepentirme.

Pausa.

Llamarlo, tampoco.

TONI.— ¿Y si te escucha?

BEA.— No va a venir.

TONI.— ¿Y si viene?

BEA.— ¿Sí?

TONI.— ¿Lo has pensado?

BEA.— ¿Tú crees?

TONI.— Inténtalo.

Silencio.

BEA.— Puede que se cayera en un barranco y se haya roto una patita, o que su pelo se enredase en una zarza y todavía esté intentando

escapar. O que se perdiera y no encontrara el camino de regreso. ¿Y si se ha ido detrás de una perra? ¡Sí, estaba en celo! ¿Verdad? A lo mejor se ha perdido persiguiendo una perra, sí, a lo mejor se ha perdido siguiendo el rastro de una puta perra/

TONI.— Bea/

BEA.— A lo mejor lo han raptado...

TONI.— ¿Raptado?

BEA.— ¡Claro! Es eso, lo han raptado. Algún cazador de mierda ha visto su porte y esa mirada y lo ha metido en su Renault Kangoo llena de mierda.

TONI.— ¡Beatriz, por favor!/

BEA.— ¿Quién estará ahora mirando esos ojos, Antonio? ¿Quién lo estará acariciando? ¿Y si le están haciendo daño? ¿Y si le están haciendo mucho daño?

Pausa.

TONI.— Ya está, Bea, tranquilízate/

BEA.— ¿Y si los lobos se lo han llevado con su manada? ¿Y si un oso grizzly se lo ha comido?

TONI.— ¡Beatriz, estamos en la sierra, no en el parque de Yellowstone! ¿Quieres tranquilizarte y llamar a Chucho de una vez?

Pausa.

BEA.— No, no puedo hacerlo. No me sale su nombre para llamarlo, puedo decir su nombre para nombrarlo, pero no puedo llamarlo, ¿por qué? ¿Por qué no puedo llamarlo?

TONI.— Sí que puedes, siempre has sido valiente. Vamos.

BEA.— ¿Tú crees?

TONI.— Yo confío.

BEA.— Ch... (*Pausa*) Ch... Ch... (*Pausa*) Ch... No me sale, Antonio, no me sale.

TONI.— ¿Te acuerdas de cuando se me cayó el cactus encima y me quitaste las 53 pinchas una por una?

BEA.— Sí.

TONI.— ¿Y de cuando perseguiste con el coche al ladrón que salió de mi finca? Y yo lloraba en el asiento del conductor: ¡Para, Bea, va a sacar su revólver y nos va a matar!

BEA.— Sí.

TONI.— Tienes a veinte energúmenos en clase de ética...

BEA.— ¡Deja a mis alumnos en paz!

TONI.— Vale.

BEA.— ¡Yo quiero a mis alumnos!

TONI.— Ya lo sé.

BEA.— ¡Aunque se la sople la cultura grecolatina, los quiero!

TONI.— Vale, no nos vayamos por las ramas de La Matraca. Perdón.

Pausa.

¡Llama a Chucho, inténtalo! Vamos, a la de una, a la de dos y a la de tres.

BEA.— ¡Chucho, *vine!*

TONI.— Muy bien, una vez más.

BEA.— ¡Chucho, *vine!*

TONI.— Bravo. Venga, sigue, un poco más alto.

Pausa.

Sí, grítaselo.

BEA.— ¡*Vine amb la mare, Chucho!*

TONI.— Muy bien.

BEA.— ¡*Mira que tinc! ¡Tinc una galeta, una galeta bonísima, una galeta de les que t'agraden!*

Pausa.

Esto es ridículo.

TONI.— Vamos, prueba otra cosa.

BEA.— ¿Otra cosa?

TONI.— Sí, prueba como tú lo llamabas.

BEA.— ¿Tú crees?

TONI.— Sí, con las cursiladas esas que le decías.

BEA.— Pero si nunca te han gustado.

TONI.— Ya, pero/

BEA.— Te avergonzabas de mí cuando/

TONI.— No me avergonzaba/

BEA.— Sí que te avergonzabas.

TONI.— No me avergonzaba/

BEA.— Sí que te avergonzabas.

TONI.— Vale, me avergonzaba, lo reconozco, pero ¿quieres llamarlo de una vez, por favor?

Pausa.

BEA.— ¡Chucho, *vine, carinyet!*

Pausa.

¿Lo he hecho bien?

TONI.— Puedes hacerlo mejor. ¡Sigue!

BEA.— *Amorsito del meu cor, vine. Vine, mi bomboncete; vine, mi torronet de xocolata; vine amb la mare, mi cuchipandito de amor...*

TONI.— ¿“Mi *cuchipandito* de amor”?

BEA.— Sí, mi *cuchipandito* de amor.

TONI.— Está bien..., “*cuchipandito* de amor”.

Pausa.

BEA.— *Vine, sangonereta meua, berberecho de la casa; vine, mira el que tinc taperonet meu, he preparat un sopar dels que t’agraden, he preparat pollastre rostit; vine, pinchito moruno.*

TONI.— ¡Mejor!, ¡vamos!

BEA.— *¡Vine, baldufeta!, vine pesolet meu, peladilla d'Alcoy, perleta finita i infinita, pinganete, pastisset de boniato; vine aquí mo-caoret, pollastret del Mediterráneo, pinyolet meu, que la mare no pot viure sense tú, que la mare ho està passant molt malament, que em costa respirar i ja tinc llagues al voltant dels ulls; vine, cuchi-pandito del meu cor; vine, per favor t'ho demane; vine, no em deixes sola, carquinyoli, groselleta, pessiguet dolç, plaerdemavida, no em deixes... ¡Vine riuet, abellerol, canestret, becaeta, embotit, carabassa, faveta, grífol, isótop, jonquera, llapisera, magnèsia, fadrí, neula, boira, pendó, dessorellat! Chucho, ¡vine, per favor! Vine, Chucho.*

Silencio.

Ya sabía que sería inútil.

Pausa.

¿Puedo intentarlo con las canciones que me inventaba para él?

TONI.— No, déjalo, Bea, no pasa nada, lo has intentado, y está bien, eso está bien.

BEA.— *(Canta)*

Chucho, Chucho, Chucho, Chucho es el perro filólogo,
 Chucho, Chucho, Chucho, Chucho es el perro filólogo,
 Chucho, Chucho, Chucho, Chucho, el más guapo del lugar.
 Chucho, Chucho, eres genial.

Silencio.

TONI.— Muy bien, Bea. Con esto hay suficiente.

BEA.— Prueba tú ahora.

TONI.— ¿Quieres que cante melodías pop con letras improvisadas para Chucho?

BEA.— No, quiero que lo llames tú ahora.

TONI.— Bea, llevo tres días buscándolo, es inútil/

BEA.— Prueba.

TONI.— He pegado carteles por el pueblo.

BEA.— Llámalo, por favor.

TONI.— He preguntado, hablado con todo el mundo.

BEA.— Por favor.

TONI.— Nadie lo ha visto.

BEA.— ¡Vamos, inténtalo!

TONI.— Tú lo has dicho antes. A mí nunca me hacía caso. Si vuelve, será porque tú lo llames.

BEA.— Por favor, Toni, llámalo tú.

TONI.— ¿Me has llamado Toni?

BEA.— Sí, Antonio, te he llamado Toni.

TONI.— ¿Me has llamado Toni?

BEA.— Sí, Toni, te he llamado Toni.

Pausa.

TONI.— No puedo hacerlo.

BEA.— ¿Y si te escucha?

TONI.— No va a venir.

BEA.— ¿Y si viene?

TONI.— Esto es ridículo.

BEA.— Vamos, prueba.

Pausa.

TONI.— ¡Cobi, ven! Vamos, Cobi, ven. Ven, Cobi. Chucho, ven. Ven, Chucho. ¿Ves? No viene.

BEA.— ¡Con más ánimo, Toni! Inténtalo.

TONI.— Voy.

BEA.— *¡Vamos sangonereta meua, pollastret del Mediterráneo, amunt peladilleta!*

Pausa.

TONI.— Chucho, guapo, Chucho, ven. Ven aquí. Chucho, *vine*, Chucho, ven, ven, *vine*, Chucho, con tu amito.

BEA.— ¿Amito?

TONI.— ¡Ven con tu amito querido!

BEA.— ¿Amito querido?

TONI.— Sí, amito querido... Ven, capitán, ven conmigo, ven y ya verás cuántos sitios vamos a recorrer, ven, ven otra vez a sentarte con nosotros bajo La Matraca, *vine* y nos iremos a buscar más lagartijas por ahí.

Pausa.

No me di cuenta de lo que estaba pasando.

Pausa.

Perdóname, Chucho; ven, ven y haremos ahora todo lo que no pudimos hacer. Me gustaría tanto que volvieras ladrando entre las oliveras. Lo siento mucho, Chucho, si vuelves haremos tantas cosas, te prometo que no me perderé ninguno de tus saltos, que estaré ahí cada vez que haya que ir al veterinario, te prometo que no dejaré que Beatriz te lleve a la peluquería y que pasaremos muchas horas subiendo y bajando bancales. Pero ven, Chucho, *per favor, vine*.

Pausa.

Es que siempre fue un tonto, cagaba y no había manera de que acertara a tapar la mierda. ¡Chucho, ven! Le tirabas un palo y cogía otro. Fue todo muy rápido, Bea. Cómo no se iba a perder si nunca sabía de dónde venía el ruido y siempre ladraba al lado contrario. ¡Chucho, *vine*! Y nunca dejó de mear la olivera. ¡*Vine*, Chucho! Y mira que le decíamos que no, cada vez que levantaba la pata.

Pausa.

Pasó sin que yo me diera cuenta, te lo juro, Bea, de verdad. Se alejó, lo llamé, me miró y se fue. La última vez que lo vi se rasca en el tronco de La Malpartida...

Pausa.

¿Tú crees que era disléxico?

BEA.— Sí, Chucho era disléxico y miope, y no sabía de dónde venían los ruidos y no había manera de que tapara bien sus mierdas. Y meaba siempre La Matraca, y le gustaba follarse a Misha y/

TONI.— Pobre Misha... Y dormir encima de la cama. Y mirarnos de reojo. Y chuparnos los dedos de los pies y mordernos los cordones de las zapatillas... Beatriz, Chucho se fue. Lo llamé Chucho, te lo juro que lo llamé por su nombre, solo lo llamaba Cobi cuando estaba contigo, para fastidiarte. Lo llamé en valenciano, en castellano, lo llamé gritando, llorando, le susurré a cada paso, le pedí que volviera, le dije que no podría soportar verte sufrir, que regresara, que le quería, que te quería, que no se marchara, pero te digo, Beatriz, que Chucho quiso irse. Lo vi en sus ojos. Me miró y se fue. No sé por qué, pero se fue. No quería decírtelo, pero se fue porque quiso, creo que hasta me lo dijo, Beatriz.

BEA.— Bea.

TONI.— ¿Qué?

BEA.— Bea.

TONI.— ¿Qué?

BEA.— Llámame Bea.

Pausa.

TONI.— Bea, Chucho me miró y me dijo que se iba, me dijo que se iba para salvarte, para salvarnos.

BEA.— ¿Para salvarnos?

TONI.— Sí.

BEA.— ¿A nosotros?

TONI.— Sí.

BEA.— ¿De quién?

Silencio.

¿Lo has oído?

TONI.— ¿El qué?

BEA.— ¿No lo has oído?

TONI.— ¿La canción?

BEA.— No, a Chucho, me ha parecido/

TONI.— Yo solo oigo la canción. ¿Te acuerdas?

BEA.— Me ha parecido, te lo juro, Toni, me ha parecido escuchar a Chucho. ¡Chucho, vine! ¡Chucho, estem ací, esperan-te! Ha vingut la mare a buscar-te, ja he tornat, ha vingut la mare i també està... el pare. Estem ací, vine... vine, per favor.

Pausa.

Ja he vingut, Chucho, només m'he anat uns dies de viatge, per treball, ja saps com som de pesats en l'Institut, com sempre, ningú volia anar de viatge amb els de Batxiller, jo volia portar-te amb mi Chucho, jo volia, però no vaig poder. Ja he tornat. Estic ací. Estic ací i necessite tenir-te entre les meues mans Chucho, necessite olorar-te, fer-te pessigolles, necessite que em llepes la cara, necessite que em dones besets al matí, necessite que jugues amb mi, Chucho. Necessite que jugues amb mi, Chucho.

Pausa.

No puedo soportar la idea de que creyera que lo abandoné. ¿Y si Chucho se fue porque creyó que lo había abandonado? Nunca había estado tantos días sin verme.

TONI.— Pero hablabas por teléfono con él todas las noches.

BEA.— ¿Y si se marchó a buscarme? ¿Y si ahora está perdido en el monte siguiendo mi rastro? ¿Y si dentro de diez años alguien lo encuentra en el Coliseo de Roma porque ha ido siguiendo mi olor? ¿Y si alguien lo trae de vuelta? ¡Lleva chip! Alguien lo puede traer. ¡Lleva chip! Dime que no, Toni, dime que no fue por eso.

TONI.— Chucho sabe que lo amas hasta la locura. Esté donde esté, lo sabe.

Pausa.

¿Oyes? El técnico de la orquesta te ha hecho caso, esta ya es más de las nuestras, ¿eh?

BEA.— Está claro que no es *Mi gran noche*, y que tampoco habría pedido esta canción.

TONI.— ¿Cuántas veces la hemos cantado? Di, ¿cuántas...? En todas las verbenas, todos los 15 de agosto. ¿Sabes qué día es hoy?

Toni canta la canción que interpreta la orquesta: "Buscando una luna", de Extremoduro.

BEA.— No la cantes, Toni.

Toni continúa cantando.

Déjalo, Toni.

Con cada verso, con cada compás, Toni se acerca más a Bea.

No sigas por ahí, Toni.

Y más, y más.

Antonio, no te acerques.

Toni rodea a Bea por la cintura e intenta besarla.

BEA.— ¡Antonio, para, no puedo más! Hazme el favor, por favor te lo pido, por lo que más quieras, ve a buscar un paracetamol. Este dolor de cabeza me va a matar.

TONI.— No puedo entender por qué te has pasado al paracetamol.

BEA.— ¡Porque sí! ¡Porque sí y porque sí! ¿Cuántas veces tengo que repetir las cosas para que las entiendas? Las cosas cambian, la gente cambia, el mundo cambia, todo cambia, Antonio; cambia todo, Antonio; Antonio, todo cambia.

TONI.— La gente cambiará, pero el paracetamol y el ibuprofeno, no, y los dos van bien para el dolor de cabeza, eso lo sabe todo el mundo cambiante.

BEA.— ¿Tú no has cambiado, Antonio? Antonio, ¿tú no cambias? Pues el resto de la humanidad, sí. La humanidad sí que cambia. La humanidad evoluciona, es lo que tiene. La humanidad cambia y a las personas de esa humanidad a veces nos gustan más las manzanas y otras las peras.

TONI.— ¿Qué?

BEA.— O nos encanta el melocotón, pero ahora preferimos el melón o el higo.

TONI.— ¿Qué... quieres decir?

BEA.— Antonio, yo.../

TONI.— ¿Peras... manzanas? Lo que me faltaba/

BEA.— Antonio, no puedo tomar ibuprofeno.

TONI.— Pero si te lo tomabas como el agua.

BEA.— Estoy embarazada.

TONI.— ¿Las embarazadas no pueden tomar ibu...?

Pausa.

¿Qué? Estás... ¿qué?

BEA.— Sí.

TONI.— ¿Embarazada?

BEA.— Sí.

TONI.— ¡Repítelo!

BEA.— Embarazada.

TONI.— ¿Sí?

BEA.— Sí.

Pausa.

TONI.— Repítelo.

BEA.— Embarazada, embarazada, embarazada.

TONI.— ¿Desde cuándo? Digo, ¿de quién?

BEA.— Desde el ascensor.

TONI.— ¿Entonces...?

BEA.— Sí.

TONI.— Noooo.

BEA.— Síííí.

TONI.— ¿Desde el despacho de...?

BEA.— Sí, desde el despacho del imbécil de tu abogado.

TONI.— Estás embarazada, ¿estás embarazada? Estás embarazada. No lo puedo creer. ¡Bea, eso es... es..., eso es la hostia!

BEA.— Sí, es la hostia.

TONI.— Uaaaauuuu. ¡Voy a ser padre! ¿Voy a ser padre? Por fin... Voy a ser padre. Gracias, Bea. Gracias, Bea, millones de gracias, eones de gracias. ¿Es mío?

BEA.— Sí, es tuyo.

TONI.— Entonces...

BEA.— Sí, es tuyo y mío...

TONI.— Entonces...

BEA.— ... de los dos, vaya.

TONI.— ¿No soy estéril?

BEA.— ¿Qué?

TONI.— ¡No soy estéril! No lo puedo creer. ¿No soy estéril? Siempre sospeché que esos pantalones ceñidos tantos años aprisionándome los huevos los habrían matado a todos, pero no. ¡No soy estéril! ¡No soy estéril! Han llegado a su sitio solitos. ¡Han llegado! ¡Han sabido llegar! No me lo puedo creer. ¡Voy a ser padre! ¡Voy a ser padre!

BEA.— Sí, Antonio, vas a ser padre, pero no hace falta que grites, ni que me beses, ni que me levantes por el aire.

TONI.— ¿Que no hace falta? Gracias, Bea. Gracias, Bea.

¡Voy a ser padre! ¡¿Voy a ser padre?! ¿Os enteráis? ¡Voy a ser padre! ¿Lo oís?

BEA.— Sí, claro que te oyen.

TONI.— ¡Voy a ser padre!

BEA.— La humanidad entera te oye.

TONI.— ¿Me oís? ¿Me oís? Díselo a los músicos y al cantante, y que esta noche, en medio de la verbena, grite a todo el pueblo: ¡Toni, el de los olivos milenarios, va a ser el putito padre!

¡Vamos a ser padres! Vamos a tener un bebé, Bea, un cachorrito. Chucho, ¿has oído? ¡Tu madre y yo vamos a tener un hijo! Vas a tener un hermanito. No puedo creerlo... Un hermanito con el que jugarás...

BEA.— ¡Antonio, Chucho no está! Chucho no está aquí. Chucho no va a conocer a nadie.

Silencio.

TONI.— ¿Por qué nos ha pasado esto, Bea?

BEA.— ¿El qué?

TONI.— Todo.

Silencio.

BEA.— A veces sucede.

TONI.— ¿El qué?

BEA.— Todo lo que no quieres que suceda.

TONI.— En qué mala hora, en qué mala hora pedí la custodia compartida, si no lo hubiera hecho, ahora Chucho estaría aquí.

BEA.— No, Chucho no estaría aquí.

TONI.— ¿Por qué no?

BEA.— Porque si nada se hubiera torcido no nos habríamos separado, y yo no hubiera dejado de tomar las pastillas, y tampoco habríamos ido al abogado ese día, ni mucho menos habríamos follado en el ascensor; porque deja que te diga, Antonio, que tú y yo hacía meses que no follábamos, ni el ascensor ni fuera de él, y yo no me habría ido a casa llorando porque en realidad tampoco quería follar contigo ese día, y mucho menos en un ascensor, pero, no sé, no sé qué me pasó, no lo sé, lo siento, Toni. Lo siento mucho. No tendría que...

TONI.— A veces sucede.

BEA.— ¿El qué?

TONI.— Todo lo que no quieres que suceda.

Silencio.

Está saliendo la Luna.

BEA.— Sí.

TONI.— Está casi llena.

BEA.— Sí.

TONI.— ¿Quieres tenerlo?

Pausa.

BEA.— ¿Sabes a cuánta distancia está de nosotros? A un segundo luz.

TONI.— ¿Quieres tener a nuestro hijo?

BEA.— Ahora vemos el pasado de la Luna. Vemos la Luna tal y como era hace un segundo.

TONI.— Contéstame, Bea.

BEA.— Y el Sol, /

TONI.— Beatriz.

BEA.— tal y como era hace ocho minutos.

TONI.— Y a nosotros, ¿cómo nos ves a nosotros?

BEA.— A años luz, Antonio.

Silencio.

TONI.— Un bebé es futuro. Nuestro bebé es nuestro futuro.

BEA.— Yo solo veo pasado, fardos y fardos de pasado.

TONI.— ¿Quieres tenerlo sí o no?

BEA.— ¡Sí, no, no lo sé!

TONI.— ¿Cómo que no lo sabes?

BEA.— ¡Pues porque no lo sé!

TONI.— ¡Hay cosas que se saben!

BEA.— ¿Tú lo sabes todo, Antonio? Tienes suerte; yo, no.

TONI.— ¡No, pero esto tienes que saberlo!

BEA.— Siempre voy a contratiempo, siempre estoy fuera de tiempo.

TONI.— ¡Pero hay cosas que se saben incluso antes de saber que se saben!

BEA.— El arte del destiempo es el arte de boicotarse una misma/

TONI.— ¡Lo sabes!

BEA.— Y yo, en eso, soy una experta.

TONI.— ¡Tienes que saberlo!

BEA.— Cuando hace tres días me enteré de que Chucho había desaparecido, deseé con todas mis fuerzas perder al bebé. Lloré, grité y me desgañité, y pensé que prefería perder al hijo que llevaba dentro que a mi perro. Eso es de ser mala persona, ¿verdad?

Pausa.

TONI.— ¿Qué dices?

BEA.— No soporto la idea de que siga en el mundo el lugar en el que Chucho me miró, me lamió y meó por primera vez; donde después de vendarme los ojos posaste a Chucho en mis brazos.

TONI.— Deja a Chucho ya de una vez, vamos a tener a nuestro hijo.

BEA.— ¡No puedo dejar a Chucho, Antonio! ¿No lo entiendes? Sentí su pequeño corazón y supe que cuidaría de él hasta el final. Ahora se ha ido y no sé qué hacer, ni qué mirar, ni de qué reír. Hace tres semanas supe que estaba embarazada y no sentí lo mismo. No sentí nada.

TONI.— Eso es porque todavía no has escuchado su corazón.

BEA.— Tengo miedo. ¡Tengo miedo de no quererle como quiero a Chucho!

Silencio.

TONI.— Bea... Mírame. Mírame... Me gustaría que voláramos sobre las montañas, que nos riéramos frente al océano, que navegáramos sobre la angustia... los tres..., como en las películas.

BEA.— Tuvimos mucho tiempo y no lo hicimos, quizá no quisimos hacerlo.

Pausa.

Aun así, eso que has dicho es muy bonito.

TONI.— No es mío, es de Bowie.

BEA.— Es todo tan grande... A veces nos viene todo tan grande...

Pausa.

TONI.— ¿Recuerdas lo que nos dijo el primer agricultor al que quisimos comprar su olivo?

BEA.— Si quieren uno como este solo, tienen que plantarlo y esperar dos mil años, es cuestión de paciencia.

TONI.— Yo también tengo miedo. Tuve miedo cuando te fuiste. Tuve miedo cuando toda la finca se vino abajo. No recuerdo un día en el que no haya sentido miedo. Pero vas a ser la madre de mi hijo/

BEA.— Antonio, no/

TONI.— y no voy a quemar esta olivera.

BEA.— Antonio, yo no.../

TONI.— Porque La Matraca es el único pie que no está infectado y porque voy a ser padre/

BEA.— ¿Cómo?

TONI.— y me has quitado todos los miedos de golpe.
Todo ese terror a perderte, a perderlo todo, ha desaparecido.

BEA.— ¿La Matraca se ha salvado?

TONI.— Desde que sé que voy a ser padre, no sé lo que es el miedo.

BEA.— ¿La *Xilella fastidiosa* no ha infectado La Matraca?

TONI.— ¡Bea, ya no tengo miedo!

BEA.— ¿La Matraca es el único olivo que ha resistido a la *Xilella fastidiosa*?

TONI.— ¡Sí, se ha salvado! A pesar de Chucho, a pesar de nosotros, no puedes pedirme que la quemé.

BEA.— ¿Y por qué se ha salvado?

TONI.— Los técnicos no tienen explicación.

BEA.— ¿Cómo ha podido resistir?

TONI.— Estudian sus hojas, miran su tronco, analizan sus frutos y no lo saben.

BEA.— ¿Y si Chucho... la hubiera inmunizado?

TONI.— ¿Cómo?

BEA.— ¿Y si Chucho... la hubiera salvado?

TONI.— ¿Chucho?

BEA.— Sí, Chucho.

TONI.— ¿Y si Chucho/

BEA.— ¿Qué?

TONI.— nos hubiera salvado?

BEA.— ¿Y si Chucho la hubiera salvado meando todos los días en ella?

TONI.— Cobi siempre fue un perro especial...

BEA.— ¿Y si el orín de Chucho ha sido durante todos estos años un antibiótico eficaz para La Matraca?

TONI.— Tenía algo mi perro...

BEA.— Plinio atribuyó virtudes mágicas y medicinales al orín de perro.

TONI.— Sabía lo que se hacía, ese hijo de puta...

BEA.— ¡Sí, Chucho la salvó, está clarísimo!

TONI.— Se ha ido él para que llegara el bebé.

BEA.— ¡Chucho ha salvado La Matraca!

TONI.— Se ha ido él para que volviéramos a ser tres.

BEA.— A todas horas meando..., ha tenido que dejar un poso de repelente natural para insectos o algo así.

TONI.— No voy a vender más olivos milenarios. No quiero mis olivos en ninguna rotonda.

BEA.— No podemos quemar la olivera que Chucho ha salvado.

TONI.— No quiero que un corrupto coma a su sombra en un jardín.

BEA.— No podemos quemar la olivera en la que Chucho fue feliz.

TONI.— La olivera en la que fuimos felices.
Quiero que La Matraca vea crecer a mi hijo.

BEA.— Quiero que haya un lugar en el que recordemos a Chucho.

TONI.— Quiero que sea su rincón de juegos.

BEA.— El mundo es tan grande y esto es tan pequeño...

Bea y Toni hablan, pero no se escuchan. Miran, pero no ven. Se alejan. Se van separando el uno del otro, cada vez más, cada vez más rápido. Entre ellos hay una distancia insalvable, una distancia de siglos, una distancia de milenios, una distancia de eras, una distancia de eones.

TONI.— Quiero que esta olivera sea el primer regalo para mi hijo.

BEA.— Tantos lugares, tantos puertos, tantas sombras en las que descansar...

TONI.— Mi primer legado.

BEA.— Quiero que haya un lugar en el que recordemos a Chucho.

TONI.— Voy a producir aceite.

BEA.— Un lugar que sea solo suyo.

TONI.— Nuestro aceite.

BEA.— Este será su lugar.

TONI.— Aceite de La Matraca milenaria.

BEA.— Su santuario.

TONI.— Voy a ir pueblo por pueblo...

BEA.— Un lugar al que regresar.

TONI.— bancal por bancal...

BEA.— Un alto en el camino.

TONI.— Y voy a buscar más olivos.

BEA.— Un alto en mi camino.

TONI.— Voy a hablar con los agricultores.

BEA.— Y volver una tarde de verano y oírte ladrar.

TONI.— Voy a comprar olivas de olivos milenarios...

BEA.— Volver donde todo empezó.

TONI.— que han estado en esta tierra...

BEA.— Donde todo prendió hace...

TONI Y BEA.— miles de años.

TONI.— Y voy a hacer aceite de olivos milenarios.

BEA.— He de estar en el lugar donde quiero estar.

TONI.— Quiero ver crecer a mi hijo...

BEA.— Y voy a recorrer tus valles, a nadar tu costa.

TONI.— y darle la mano cuando caiga...

BEA.— Y fondear en tus islas.

TONI.— y enseñarle a plantar un árbol...

BEA.— Algo me dice que he de irme.

TONI.— y a volar en globo...

BEA.— Y subir a las cumbres de los antiguos...

TONI.— y a escribir un libro y...

BEA.— y a los templos de los mitos.

TONI.— a tener un hijo...

BEA.— Voy a ir ligera de equipaje.

TONI.— Y quiero escuchar su risa...

BEA.— Voy sin equipaje. Sin ninguna carga.

TONI.— que quizá será como la mía...

BEA.— Iré desnuda, para que nada pese.

TONI.— Y achucharlo...

BEA.— Para empaparme, para llenarme.

TONI.— y acariciarlo...

BEA.— Para buscar, para buscarme.

TONI.— y morderlo...

BEA.— Para encontrarme.

TONI.— y hacerle cosquillas...

BEA.— Y enseñaré a los niños que me encuentre en el camino.

TONI.— y oler su pelo.

BEA.— Quiero aprender de ellos y que ellos aprendan de mí.

TONI.— Y compartir mis risas...

BEA.— Quiero andar y ver y vivir.

TONI.— y mis miedos.

BEA.— Y después de andar y buscar...

TONI.— Y a que ame sus piedras...

BEA.— volver al santuario.

TONI.— y a que ame sus frutos.

BEA.— A tu santuario, Chucho.

Para volver hay que marchar.

Para regresar hay que volar.

Antes de partir hay que desear que el camino sea largo, y después...

TONI.— ¿Bea?

BEA.— Volver, volver a La Matraca como quien vuelve a Ítaca.

TONI.— ¡Bea!... ¡Bea!

BEA.— ¿Toni?

TONI.— ¿Bea *em sents*?

BEA.— ¿Toni?

TONI.— ¿Bea?

BEA.— Toni, ven...

TONI.— Bea, *cuchipandita del meu cor, vine...*

BEA.— ¡Ven, capitán, *estic ací!*

TONI.— ¡Bea, *sangonereta, vine! Vine, baldufeta, mira el que tinc...*

Toni silba a Bea como si fuera Chucho. Bea silba a Toni como si fuera Chucho. Se escucha un ladrido lejano, dos ladridos lejanos, tres ladridos que se acercan entre las oliveras, cuatro ladridos que se revuelcan por el barro, cinco ladridos que hacen crujir las ramas secas..., seis, siete ladridos, ocho, nueve ladridos, cincuenta ladridos, ladridos que cada vez están más cerca, cientos de ladridos, miles de ladridos que cada vez se acercan más.

TONI.— ¡Bea!

Pausa.

BEA.— ¡Toni!

TONI.— ¿Bea?

Pausa.

BEA.— ¿Toni?

Pausa larga.

TONI.— ¿Bea?

Pausa larga.

BEA.— ¿Toni?

La jauría aúlla, gruñe, ladra, brama cada vez más fuerte, cada vez más cerca. Están aquí, ya llegan, ya vienen, ya han llegado. Silencio.



MAFALDA BELLIDO

Foto: © Mala Balanya

Es intérprete, autora y directora. Licenciada en Interpretación Textual por la Escuela Superior de Arte Dramático de Valencia. Como autora, se ha formado con los dramaturgos Paco Zanzoso, Xavier Puchades y Santiago Loza, entre otros.

Con su propia compañía, La Zafirina, ha estrenado tres espectáculos de autoría propia: *Yo maté a Carmencita Polo*, *Como si el fuego no fuera contigo* (Premio Teatroautor Exprés, I Premio de Autoría Sala Ultramar – Fundación SGAE) y *Chucho* (ganadora del II Torneo de Dramaturgia de la Comunidad Valenciana).

Su último texto teatral publicado ha sido *Los que comen tierra*, fruto del I Laboratorio de Escritura Teatral Josep Lluís Sirera impulsado por el Institut Valencià de Cultura (IVC). En los últimos años, dos de sus textos han sido nominados a los Premios de la Crítica Valenciana: *Hijos de Verónica*, *Generación del miedo* (autoría colectiva) y *Como si el fuego no fuera contigo*.

Con *Chucho* ha sido finalista de los XXII Premios Max en la categoría Mejor autoría revelación.

EDICIÓN NO VENAL DE LA FUNDACIÓN SGAE
PARA LA PROMOCIÓN Y DIFUSIÓN DE TEXTOS TEATRALES OBJETO DE ESTRENO